



Economía popular para una sociedad no capitalista.

Notas sobre el caso venezolano

*Reinaldo Iturriza López**

El actual proceso revolucionario venezolano es un claro ejemplo de como un proyecto político puede radicalizarse en la medida en que va encontrando fuerte oposición, tanto interna como externa, en los planos político, económico, social y cultural. Y esto, que pudiera parecer un dato secundario, algo así como una consecuencia inevitable de las coyunturas políticas por las que ha atravesado Venezuela desde 1998, pero sobre todo desde 2002, es en buena medida lo que explica que hoy nos atrevamos a hablar de la posibilidad de una alternativa anticapitalista para nuestra sociedad.

Tendríamos que comenzar por explicar que cuando Chávez triunfa en las elecciones presidenciales del 98, lo hace teniendo como plataforma un movimiento político, el *Movimiento Quinta República*, que era, y sigue siendo, un partido donde coexisten diversas tendencias, como suelen ser los movimientos aluvionales que crecen de manera extraordinaria en coyunturas electorales. Así, nos encontramos en el *Movimiento Quinta República* con las respectivas tendencias de derecha y de izquierda, identificándose la primera usualmente con los cuadros políticos militares y la segunda con el sector civil. Sin embargo, y a no dudar, también es más o menos frecuente encontrarse con militares bastante progresistas y con civiles muy conservadores, inclusive en aquellos casos en que estos últimos provienen de la militancia en partidos de izquierda.

Todo esto para intentar explicar que cuando el presidente Chávez resultó electo la primera vez, si bien se trató desde el inicio de un gobier-

* Coordinador de la Unidad de Comunicación del Ministerio para la Economía Popular, Venezuela, coordinador editorial de la revista *Desde Dentro* y profesor de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela.



no progresista, en el sentido literal del término, no se trató exactamente de una coalición de partidos y movimientos de izquierda que arribó al poder por vía electoral. Inclusive, parte importante de la izquierda partidista venezolana (marginal electoralmente y en las bases sociales) se cuidó siempre de mantener una prudente distancia de un personaje que, como Chávez, había irrumpido en la escena política de manera violenta (cuando el intento de golpe de Estado en 1992), y de quien se tenían las tradicionales reservas que suelen aplicar en estos casos: Chávez parecía encarnar la figura típica del militar nacionalista, pero populista, con buenas intenciones pero demasiado ecléctico políticamente, etcétera.

Ciertamente, esta situación fue variando progresivamente, al punto de que ya en 1998 la casi totalidad de la izquierda venezolana (salvo muy pocas y nada honrosas excepciones) apoyaba el proyecto de país encarnado en Chávez.

Durante los años 1999 y 2000, el esfuerzo del gobierno se concentró en avanzar en reformas principalmente en el plano político, algunas de gran alcance. La más notable de ellas: la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente que redactó una nueva Constitución, y por esa vía redefinió en buena medida el aparato estatal, amplió el espectro de los derechos ciudadanos y estableció de manera expresa nuevas obligaciones del Estado; entre estas obligaciones: fomentar y apoyar diversas organizaciones asociadas a la economía popular, y crear las condiciones para garantizar la soberanía agroalimentaria de la sociedad venezolana.

La Constitución de la República Bolivariana de Venezuela fue aprobada mediante el voto popular, al tiempo que se relegitimaban los poderes públicos. Con esto último, la oposición representada por los partidos políticos tradicionales perdió aún mayor terreno, avanzando proporcionalmente el chavismo.

Con un mayor control del poder formal, expresado en más gobernaciones, más alcaldías, mayor presencia en la recién creada Asamblea Nacional (antes Congreso), y en general con mayor presencia en las instituciones del Estado, y además contando con amplio apoyo popular, algún desprevenido hubiera podido pensar que el trabajo estaba casi hecho: “la revolución avanza a paso de vencedores”, era una frase que se empleaba mucho por aquellos tiempos. Sin embargo, el conflicto grueso estaba por venir.



El conflicto serio, de enormes proporciones, se inició cuando el gobierno nacional anunció su disposición de introducir cambios que afectaban las relaciones económicas. Ya no eran solo los partidos políticos tradicionales los que se veían desplazados de los espacios de poder. La misma amenaza comenzaba a pesar sobre los muy poderosos grupos económicos, muchos de los cuales se fortalecieron precisamente a la sombra de estos partidos.

En 2001 se sancionó un conjunto de leyes que en Venezuela se conocieron como las *leyes habilitantes* (previamente la Asamblea Nacional había otorgado poderes especiales al gobierno nacional para legislar en determinadas áreas), que incluían, para citar dos de los casos más importantes, leyes que apuntaban hacia una distribución equitativa de la tierra, y por tanto el combate al latifundio; y hacia una mayor soberanía en materia de hidrocarburos.

No es casualidad que la federación que agrupa a los ganaderos, pero sobre todo la casi totalidad de los funcionarios medios y altos de la estatal de petróleos, hayan jugado un papel decisivo en los acontecimientos que provocaron el golpe de Estado de abril de 2002, y que fracasara luego de 47 horas, a pesar de contar también con el apoyo de la federación que agrupa a los empresarios (Fedecámaras), la hasta entonces principal central sindical (Confederación de Trabajadores de Venezuela), la totalidad de los medios de comunicación privados, parte de los altos mandos militares, y el apoyo del gobierno estadounidense.

Sin embargo, y aunque parezca difícil concebirlo, la más aguda crisis política –y también económica y social– aún no había tenido lugar. Por razones que escapan a las consideraciones que pudiera hacer hoy frente a ustedes, el gobierno nacional decretó una suerte de amnistía temporal en Petróleos de Venezuela e hizo énfasis en la reorganización de la Fuerza Armada Nacional. Así, durante los meses posteriores al golpe de Estado, la derecha se concentró en reordenar sus fuerzas, intentando preparar las condiciones que le permitieran sacar a Chávez del poder.

Desde comienzos de diciembre de 2002 y hasta febrero de 2003, durante 62 días, la oposición venezolana llevó a cabo un paro nacional que prácticamente implicó un cese de la actividad económica del país. No solo desabastecieron el mercado de buena parte de los productos de primera necesidad, sino además lograron casi paralizar la industria petrole-



ra, en muchos casos mediante el sabotaje de las instalaciones. De esta forma, un país que entonces producía más de 2 millones 500 mil barriles de petróleo diarios, pasó a producir alrededor de 250 mil. Entre los analistas existe cierto consenso en torno a que estas circunstancias provocaron una pérdida de alrededor de 10 mil millones de dólares para la economía venezolana.

Esta coyuntura significó un punto de inflexión para el proceso revolucionario venezolano. Lejos de atemperarse, el enfrentamiento con los principales grupos económicos se agudizó. Pero al mismo tiempo, quedó al descubierto la precariedad institucional, o la debilidad del Estado para impedir que estos grupos económicos impulsaran acciones desestabilizadoras de tal magnitud.

Lo que en Venezuela denominamos Misiones, que vendrían a ser una suerte de planes sociales masivos, de largo aliento y alto impacto, tienen su origen precisamente en la constatación de esta precariedad institucional. En Venezuela nos hemos enfrentado a este problema: ¿cómo profundizar el proceso revolucionario desde un Estado lento, ineficiente, burocrático, en buena medida incapaz de marchar a la misma velocidad con la que se desarrollan los acontecimientos? La solución, parcial, que creemos haber encontrado, ha sido más o menos la siguiente: tenemos que actuar desde el Estado, por supuesto, pero también al margen del Estado, y sobre todo profundizando el proceso de empoderamiento del pueblo. Boaventura de Sousa Santos, sin hacer referencia al caso venezolano, ha teorizado un poco sobre esto: esta idea de la necesidad de crear un Estado experimental, que en principio podría estar sentando las bases de una nueva institucionalidad.

El ex ministro para la Economía Popular, y hoy ministro de Agricultura y Tierras, Elías Jaua, lo ha planteado expresamente de esta manera: “*la Misión Vuelvan Caras* se crea como una forma de burlar la burocracia estatal”.

Ahora bien, ¿qué es la *Misión Vuelvan Caras*? Para responder voy a citarles textualmente uno de los documentos que hemos producido en el Ministerio para la Economía Popular:

La Misión Vuelvan Caras... es el instrumento de vanguardia para la transformación social y económica y la lucha contra la pobreza. Se orienta a pro-



mover la transición hacia el nuevo modelo de desarrollo endógeno, sustentable y solidario, a partir de la transformación cultural de las relaciones sociales y de producción y por medio de la capacitación para el trabajo y la promoción de la asociación en cooperativas de los sectores pobres y excluidos, y su plena inclusión en los procesos socioproductivos locales.¹

Se trata de una definición bastante amplia, y que incluye frases bastante gruesas: “transformación social y económica”, “transformación cultural de las relaciones sociales y de producción”. También se refiere a las cooperativas como las formas privilegiadas de organización para el trabajo. Pero sobre todo, hace referencia a un “nuevo modelo de desarrollo endógeno, sustentable y solidario”.

Así que para entender lo que es la *Misión Vuelvan Caras*, es preciso detenerse antes en este asunto del “desarrollo endógeno”. ¿Por qué desarrollo endógeno? En primer lugar porque el desarrollo, en Venezuela, así como en todos nuestros países, ha significado la producción, y más aún, la multiplicación de eso que supuestamente debía si no eliminar, al menos reducirse a su mínima expresión: pobreza y exclusión. Pobreza que llegó a alcanzar a aproximadamente el 80% de la población venezolana en la década de los 90, durante el auge de las políticas neoliberales.

A grandes rasgos, el modelo de desarrollo que hereda el gobierno de Chávez se caracteriza por una enorme dependencia de la renta petrolera. En otras palabras, Venezuela es prácticamente un país monoprodutor, sin desarrollo, o con desarrollo muy precario de otros sectores de la economía; depende, por tanto, casi exclusivamente de la producción de bienes y tecnologías foráneos. Es una economía de puerto o de enclave, lo que ha producido una ocupación desproporcionada del territorio nacional. En lo que llamamos el eje norte-costero del territorio se concentra no solo un elevado porcentaje de la población, sino también del empleo manufacturero, del producto industrial no petrolero, de los establecimientos comerciales, de las actividades bancarias y de servicios en general. Esta situación contrasta de manera dramática con el resto del país: mínima concentración de población en un vasto territorio que reúne casi la totalidad del potencial forestal, de los crudos pesados, de los recursos hídricos y la mitad de los suelos con vocación agrícola.

1 Ver: Ministerio para la Economía Popular, *Las Misiones Bolivarianas*, Caracas, 2006.



Entonces, de manera muy esquemática podríamos afirmar, que el modelo de desarrollo endógeno está orientado a reducir nuestra dependencia del sector petrolero, diversificando y fortaleciendo otras áreas de la economía, estrategia que iría acompañada de políticas dirigidas a una ocupación proporcionada y armónica del territorio nacional.

Sin embargo, nuestra idea de desarrollo va un poco más allá. Sobre todo porque, y aunque suene paradójico, hemos emprendido un esfuerzo por problematizar la noción misma de desarrollo. Me atrevería a decir que hemos intentado concebir otro desarrollo respondiendo a las preguntas que se planteara Marc Nerfin en la década de los 70: ¿desarrollo de qué, por quién, para quién, y cómo?

Así, por ejemplo, cuando hablamos de desarrollo endógeno nos estamos refiriendo, está claro, al aprovechamiento de nuestras propias potencialidades y recursos. Pero cualquiera podría hacerse la pregunta: ¿aprovechamiento de los recursos, cómo? Hablemos de los recursos naturales: ¿ocupamos el territorio para explotar indiscriminadamente nuestros bosques y nuestros recursos hídricos? Ahora hablemos de eso que algunos llaman “recursos humanos”: ¿combatimos el desempleo creando fuentes de trabajo para nuestra gente, pero reproduciendo las mismas relaciones de producción que caracterizan a la sociedad capitalista?

Definitivamente no. Y es por eso que nuestro “modelo de desarrollo endógeno, sustentable y solidario”, como les leía antes, depende de “la transformación... de las relaciones sociales y de producción”. Y para que esa transformación sea al menos concebible, es preciso que definamos unos acuerdos mínimos sobre las relaciones económicas que intentamos establecer. Y es entonces cuando hablamos de economía popular y solidaria.

Para nosotros, la economía popular y solidaria reúne las siguientes características:

- Privilegia las formas colectivas de organización para el trabajo, lo cual implica, de igual forma, que las decisiones sobre cómo y qué se produce también se toman de manera colectiva.

...el modelo de desarrollo que hereda el gobierno de Chávez se caracteriza por una enorme dependencia de la renta petrolera. En otras palabras, Venezuela es prácticamente un país monoprodutor, sin desarrollo, o con desarrollo muy precario de otros sectores de la economía...

- El principal objetivo de la producción es la satisfacción de las necesidades básicas humanas.
- Concibe lo propiamente económico como algo que está estrechamente relacionado con lo político, lo social y lo cultural. De esto se deriva que la producción también tendría como objetivo la satisfacción de necesidades no materiales, el fortalecimiento del tejido social y la consolidación de las formas democráticas de participación y toma de decisiones. En otras palabras, el trabajo ha de ser liberador en todo sentido.
- Incorpora la noción de género, previo diagnóstico de que la discriminación que sufren las mujeres es una de las principales relaciones de inequidad que atraviesan a nuestras sociedades.
- Es ecológicamente sostenible: la explotación de los recursos naturales se lleva a cabo de manera racional, sin poner en peligro el propio entorno ni la supervivencia de las generaciones futuras.

Dicho esto, volvamos a *la Misión Vuelvan Caras*. Esta Misión es creada por el gobierno nacional en marzo de 2004. Estuvo precedida por las Misiones educativas (Robinson, Ribas y Sucre), dedicadas, en ese orden, a la alfabetización de aproximadamente 1.500.000 analfabetos que existían en el país; a la incorporación masiva de estudiantes que habían desertado de la educación primaria y secundaria; y a garantizar el derecho de todo bachiller a cursar estudios universitarios.

La *Misión Vuelvan Caras* fue concebida entonces como el lugar donde confluirían ciudadanos y ciudadanas provenientes de estas Misiones, de manera que pudieran ser incorporados al trabajo productivo. Además, adultos desempleados en general y mujeres jefas de hogar se unieron desde el inicio a *Vuelvan Caras*.

La dificultad de diversos ministerios e instituciones para coordinar las acciones que garantizaran el éxito de la Misión, fue lo que dio origen, en septiembre de 2004, al Ministerio para la Economía Popular, organismo que reúne desde entonces a las instituciones responsables de la formación sociopolítica y técnica de lanceros y lanceras (como se conoce a los integrantes de la Misión), y a las encargadas de otorgar financiamiento oportuno y adecuado a los proyectos productivos elaborados por ellos.

Hoy en día, 264.720 personas están incorporadas a *Vuelvan Caras*. De éstas, 166.100 son mujeres, lo que equivale al 62,75%, y 98.620 son



hombres es decir el 37,25%. La mayoría de lanceros y lanceras están incorporados al trabajo que se realiza desde los Núcleos de Desarrollo Endógeno, distribuidos a lo largo y ancho del país, aún cuando parte importante de ellos siguen asentándose en el eje norte-costero.

Por lo general, un Núcleo de Desarrollo Endógeno se instala en áreas con vocación agrícola (la mayoría), en lugares donde previamente existían infraestructuras industriales o agroindustriales en desuso (casi siempre activos propiedad del Estado), en áreas de particular interés turístico, o en zonas de patrimonio por rescatar.

Todos los participantes de la *Misión Vuelvan Caras* están organizados en cooperativas, que actualmente suman un total de 6.814. En relación con las cooperativas vale destacar dos aspectos: en primer lugar, el impulso de esta forma de organización responde, como ya mencioné, a la necesidad de fomentar el trabajo colectivo, y la democratización de las relaciones de trabajo. Sin embargo, y en segundo lugar, la organización en cooperativas ha suscitado un interesante debate relacionado con lo siguiente: ¿el trabajo en cooperativas es garantía de democratización de las relaciones de trabajo? ¿Las mismas relaciones de trabajo que pretendemos transformar no son susceptibles de reproducirse en una cooperativa? Ante la evidencia de que esto último es perfectamente posible, e inclusive es un riesgo permanente, está abierta, pues, la discusión sobre cómo garantizar las condiciones que hagan posible el trabajo liberador.

Para concluir, quisiera retomar algo que comenté al principio, y es el tema sobre la relación entre la izquierda, la izquierda tradicional, digamos, la partidista, y el proyecto político que estamos llevando a cabo en Venezuela. He intentado explicarles, aunque de manera muy sucinta, como nuestro proceso revolucionario ha venido asumiendo en el discurso, y muy incipientemente en la práctica, un carácter anticapitalista. He intentado contarles un poco de nuestra experiencia, para ilustrar como nuestro discurso, y en alguna medida nuestra práctica, se ha venido radicalizando al calor de los acontecimientos. Y lo hemos hecho, porque los poderes que representan al capitalismo, adentro y afuera, han intentado una y otra vez acabar con nuestro proyecto político. Hemos escogido esta opción entre otras posibles, porque creemos que solo transformando radicalmente nuestra sociedad, profundizando el proceso de empoderamiento del pueblo, solo así podremos seguir adelante.



Por eso, cuando hablamos de socialismo fundamentalmente nos estamos refiriendo a una estrategia que adivinamos como anticapitalista. Lo hacemos, por supuesto, reconociéndonos como herederos de una larga tradición de luchas socialistas, pero sabemos que no solo esas son nuestras luchas. Es decir, cuando hablamos de socialismo, no necesariamente es la izquierda tradicional la que habla (aunque ella también habla de socialismo). Tal vez es el pueblo el que ha decidido hablar.